

# PRESENTACIÓN DE LA DIVISA EN LA TORRE

José Carlos Boixo

Han sido estos dos últimos años fructíferos en la producción literaria de Antonio Pereira. Amén de otras publicaciones, destacaría *Meteoros*, libro que recoge su obra poética, en edición bellísima al cuidado del prestigioso sello "Calambur" y que fue merecedor del premio "Quevedo" de poesía, y la reedición de *Un sitio para Soledad*, su primera novela que, con el paso del tiempo, atestigua su calidad literaria. El nuevo libro que hoy presentamos se suma a su larga trayectoria como narrador, con indudable originalidad. Siempre me ha sorprendido de Antonio Pereira su capacidad de innovación narrativa, su adaptación a las corrientes literarias últimas, pero también su permanencia en firmes convicciones literarias. Una y otra vez ha declarado, y lo vuelve a hacer en este libro su extrañeza ante el descrédito de la llamada literatura costumbrista que, aunque no está presente en este libro, sí fue pieza de ambientación en algunos de sus primeros cuentos. Y señalo este aspecto por dos razones: porque cuando releemos ahora aquellos primeros cuentos nos damos cuenta de que sí, de que Antonio Pereira tenía razón al reeditarlos a lo largo de los años, hasta en fechas tan cercanas como en su antología *Recuento de invenciones* (2004), porque esos cuentos no se han oxidado con el paso del tiempo, antes bien, guardan la memoria de un tiempo pasado mísero en lo material, pero añorado en lo espiritual. Y segunda razón: el escritor ha demostrado que acertaba cuando postulaba una teoría literaria que tan contraria llegó a ser respecto a las modas literarias que, variables, se sucedieron con el paso de los años. Sirva lo dicho para cerciorarnos de que tenemos ante nosotros a un escritor que ha elaborado a lo largo de los años una sólida teoría narrativa, cuyos firmes anclajes realistas le han permitido aventurarse sin peligro en constantes innovaciones cuyas últimas muestras encontramos en este libro. La divisa en la torre.

No me detendré, más allá de lo someramente necesario, en el comentario de los contenidos del libro. Yo he elegido para mi intervención la que podría ser una visión lateral de la obra, la que incide en su técnica narrativa. Porque ¿a qué tipo de libro se enfrenta el lector? En la contraportada se señala que "Intuir lo que estas páginas tienen de autobiografía sincera y lo que deben a la fabulación no será un placer menor para los seguidores de una voz inconfundible", frases que casan bien con la advocación inicial que dice así: "Todo lo que el cuentista vive o imagina tiene vocación de cuento". Fijémonos en esta última frase. El autor se identifica como cuentista, luego habrá que esperar que el libro que el lector tiene en sus manos sea

un libro de cuentos. ¿O tal vez es demasiado prematuro establecer tan lógica premisa? Por otro lado, nada que objetar a su afirmación de que lo que "imagina tiene vocación de cuento", porque todos asumimos que la "ficción" es el elemento primordial del cuento literario; pero, ¿es igualmente asumible que lo que el cuentista "vive" tiene vocación de cuento? Porque en este caso nos conviene recordar las frases de la contraportada en las que se planteaba la dificultad que en este libro existía para diferenciar autobiografía de fabulación. Y en este punto radica la originalidad de este libro, por lo menos desde su perspectiva narrativa. Desvelemos en parte el misterio: digamos que lo que el lector se va a encontrar en este volumen es con una cincuentena larga de narraciones (y empleo esta denominación en su sentido técnico más aséptico) en las que el propio autor, Antonio Pereira, es personaje o protagonista de diversas situaciones que, en principio, podrían considerarse autobiográficas, es decir, situaciones del ámbito de la realidad. Si esto es así, nos encontraríamos ante un libro más cercano al tipificado como "memorias" que ante un libro de cuentos.

Señalé al comienzo de mi intervención que definía a Antonio Pereira como un narrador en constante innovación. Para que podamos ir aclarando la cuestión conviene que recordemos sus *Cuentos de la Cábila*, el antecedente directo que explica en buena medida la técnica narrativa empleada ahora. Los recuerdos de la niñez y juventud le sirvieron al autor para elaborar algunos de sus mejores cuentos, pasando continuamente la delgada línea que separa la ficción de la realidad. El juego es sumamente interesante para el lector que conozca datos de la biografía de Pereira, porque aprecia que las informaciones son ciertas, pero debe dudar cuando las anécdotas se concretizan. En principio, esta técnica es aplicable a *La divisa en la torre*, pero no de manera uniforme, tal como acontecía en los *Cuentos de la Cábila*. En esta obra el lector percibía que la ficción se imponía a lo autobiográfico y el resultado era que aquellas narraciones eran "cuentos". La técnica había sido empleada con éxito por Pereira desde su magistral *El ingeniero Balboa* y resultaba modélica en *El síndrome de Estocolmo*. Progresivamente, con el paso del tiempo, dicha técnica es utilizada con mayor frecuencia por Pereira, siguiendo una constante: la ficción, que como elemento sustantivo del cuento es predominante en los primeros relatos que utilizan esta técnica, va cediendo su lugar a lo autobiográfico, a lo real. Escritores tan dispares como Borges y Vargas Llosa coinciden en este punto. Añadamos a Antonio Pereira en la búsqueda común de los límites de la ficción. Porque de lo que se trata, en definitiva, es de indagar hasta dónde es capaz la literatura de subvertir la realidad y transformarla en materia artística. La última propuesta de Antonio Pereira es arriesgada porque junto con narraciones que claramente pueden calificarse de cuentos, según los criterios señalados, en muchos casos la ficción se muestra tan débil que invita a pensar que nos encontramos ante unas memorias. Es un peligro del que nos avisa Pereira reiteradamente, no sólo en

las frases van analizadas, sino en otros lugares que merecen ser detallados.

Uno de los casos más señalados aparece en la narración *El secreto del cisne*. El narrador, que en todo el libro se identifica con el autor (es decir, Antonio Pereira) cuenta cómo formó parte de la comisión encargada de recibir en el aeropuerto de Barajas los restos mortales del célebre escritor don Enrique Gil y Carrasco, con la encomienda de su traslado a su nativa tierra berciana, donde descansarían, siglo y medio después de su fallecimiento en Alemania. Ya al comienzo del relato, que bien podemos calificar de "cuento", se avisa al lector del posible carácter ficticio de lo que está leyendo: "El concejal y el secretario se traían bromas contigo. Te llamaban vate, era vaga tu legitimación para el sonado viaje institucional, negado como eras para la historia, reconócelo, la fantasía te puede y eso conduce a la fabulación y a la poesía lírica". Sí, la fantasía se impone, porque la realidad (¿para qué queremos conocer la realidad?) se disfraza con los velos de la imaginación, y así han de leerse los humorísticos episodios del viaje, especialmente la pernoctación en "aquel hostel mediocre de carretera", cuyo nombre, "Venus", no deja lugar a dudas de su carácter, algo que no parece importar al fantasma de don Enrique, que se corporiza en la habitación del narrador para contarle sus andanzas europeas. Todo ha sido un sueño, nos confirma al final el narrador, una desafiante fantasía siempre preterida a la prosaica terminación del relato, la previsible realidad de unas ceremonias de homenaje que el vate ha de relatar: "Lo tuyo, ahora, es terminar en belleza" aunque "qué trabajo te cuesta".

Recordemos otros dos casos donde se muestra de manera explícita esta tensión entre realidad y ficción. En "El soldado Basilio Losada" hace Pereira sentido elogio del catedrático de filología gallega y traductor de literatura rusa, y escribe: "Sería una fiesta tratar de cerca al personaje, oírle de viva voz alguna de sus aventuras, convencido de que un narrador así no podrá contar nada de su vida sin alguna que otra contaminación con el arte del cuento". Nuevamente la afirmación de que la fantasía se inmiscuye en la realidad, difuminando las fronteras entre ambas. Tome nota el lector. Pero aún más explícito es el caso del cuento *El fabulador a domicilio*. "En nuestro pueblo", escribe Pereira, "se le tenía en mucha consideración al fabulador a domicilio, la gente de fuera se extrañaba de que en una villa próspera existiera un oficio que parece de otros tiempos". Pues sí, el fabulador visitaba por turno a los vecinos para contarles las muchas historias que se inventaba, sin otro estipendio que quedarse a comer. Pero los tres botillos de Molinaseca "mas que terciados" dice el narrador, terminaron con el fabulador en el hospital y, aunque curó del derrame cerebral, finaliza el relator: "luego se supo que los neuros del hospital le tocaron al fabulador algún relé del mecanismo y ahora sólo cuenta historias verdaderas. Y eso en nuestro pueblo no le interesa a nadie". El que avisa no es traidor y el lector queda bien informado de las intenciones, no digo aviesas, de un

fabulador como Pereira.

Y, ya por último, permítanme un breve comentario sobre el cuento que da título al libro y que no dudo en calificar como uno de los mejores textos literarios del autor. Un melancólico narrador nos informa del diagnóstico inapelable de los médicos que ponen término a su vida. El narrador, misántropo y taciturno, decide que un buen lugar para el tránsito debe ser Cambados, recordando los "versos navegantes por la mar de Arosa" del poeta Moncho Bálgoma. Las circunstancias de un encuentro fortuito le obligan a aceptar una invitación del dueño del palacio de Fefiñáns, aunque su estado melancólico no es el mejor para asistir a la que prevé una visita protocolaria. Muy al contrario de sus aprehensiones, la tarde será reconfortante y la sensibilidad de los habitantes de la casa facilitará el abandono de su aislamiento, aceptando recitar uno de sus poemas. Incorpora entonces Pereira uno de sus poemas más bellos, "Mi muerte no la sabré" que pertenece a su Cancionero de Sagres y cuyos primeros versos dicen así:

"Mi muerte no la sabré, por qué habría de llorar la pena que no ha de ser". Palabras salidas del alma y que le hacen recobrar una paz perdida, porque, como figura en la divisa de la torre del pazo: "Osar morir da la vida". Tal vez por ello, resultó que el diagnóstico de los médicos estaba equivocado, porque como recuerda el narrador al final de su relato: "Esta historia se cuenta cuando han pasado años, bastantes años". Un cuento cargado de simbolismo al que el lector puede interrogar por su relación con la realidad, siguiendo el planteamiento previamente descrito. ¿Será cierto que Pereira se vio en tal situación? Ahora mismo podría interrogar al escritor, sentado a mi izquierda, sobre el caso. Incluso sería cortés por mi parte interesarme por un episodio tan crucial en su vida. Sin embargo, no lo voy a hacer, porque, literariamente, es irrelevante. Al encontramos en textos literarios, los elementos reales quedan supeditados a la finalidad estética propia de la función literaria y el lector debe aceptar el juego que se le propone. El cuento cobra una singularidad que no tendría sin esa identificación del personaje con el autor.

Tiene ante sí el lector, pues, un buen número de narraciones -cuentos y relatos menos definibles- en los que lo autobiográfico juega a ser el límite entre lo real y lo ficticio. Aquí encontrará el lector curioso las andanzas de nuestro autor con personajes relevantes como presidentes de gobierno, con escritores famosos - Borges, Gamoneda, Crémer, Aleixandre, Cela-, y otros que, siendo menos relevantes o famosos, son tipos de mucha envidia. Por cierto, ¿qué hacía nuestro autor cenando con Serrano Súñer? Léalo el lector. Pero seguro que Francisco Flecha nos ilustra sobre estas cuestiones. Y siempre quedará la última palabra, la de don Antonio Pereira, que dirá lo que tenga que decir y lo que no quiera decir se lo calla